

El Árbol del Mundo: una visión de la naturaleza y la ecología desde la óptica del budismo

Cuando miramos la naturaleza y vemos el estado de degradación en que se encuentra nuestro planeta, solemos analizar las causas del mismo bajo ópticas de ecología, de economía o de estructuras sociales. Pero las causas de esta crítica situación también pueden ser contempladas desde otras ópticas relacionadas con el mundo de la espiritualidad. Entre las corrientes espirituales que han aparecido a lo largo de la historia figuran las tradiciones orientales del hinduismo, budismo, taoísmo y zen. El presente artículo pretende analizar las causas de los problemas ambientales y sociales actuales desde la óptica del budismo.

«**N**o me levantaré de aquí hasta haber alcanzado la *perfecta comprensión*», pensó Siddharta Gautama sentándose debajo del Árbol de Bodhi.

Manuel González Campos es ingeniero industrial

Siddharta quería conocer la causa del sufrimiento del ser humano. Su vida, como la de otros grandes personajes, se mueve entre el mito y la historia. El que llegaría a ser Buda, habría vivido en el siglo VI a.C., un periodo extraordinario en el que nacieron también otros grandes maestros: Confucio y Lao Tse en China, Zaratustra en Persia, y Pitágoras y Heráclito en Grecia.

Poco importa que los hechos de su vida sean o no históricamente comprobables puesto que, como en muchos otros mitos, lo importante es la enseñanza eterna encerrada en ellos. Siddharta era príncipe en un reino del valle del Ganges. Los adivinos brahmanes pronosticaron al nacer que sería un gran gobernante, o un Buda. El rey, deseando que su hijo fuese lo primero, lo educó en un lujoso retiro en el palacio.

Una vez que Siddharta salió a la calle, vio a un hombre viejo y arrugado, y se dio cuenta entonces de que los seres humanos envejecían. En otra salida vio a una señora que se retorció entre vómitos, dándose cuenta entonces de la existencia de la enfermedad. En la salida siguiente vio un cortejo fúnebre, y descubrió que la muerte era el final de la existencia. Fue consciente entonces de que las personas enferman, envejecen y mueren, y vio el sufrimiento que había en todo ello.

Se propuso buscar entonces cual era la causa de este sufrimiento humano. Le comunicó a su padre su intención de convertirse en monje mendicante y, sin poder este disuadirle, inició un largo peregrinaje en busca de este ideal.

Mara¹ le ofreció entonces el imperio del mundo si regresaba al palacio, pero Siddharta lo rechazó. Se encontró con cinco ascetas a los que se unió practicando meditación en la más absoluta austeridad. Una vez, al ver su cara reflejada en el río, se espantó por el estado de degradación al que había llegado. Comprendió entonces que la mortificación del cuerpo era innoble y no era un camino que le condujese a la *perfecta comprensión*, por lo que decidió abandonar a sus compañeros, siguiendo él solo su peregrinaje.

Un día, muy cansado, se sentó bajo un baniano. Una campesina del lugar que acostumbraba a hacer ofrendas a los dioses en ese árbol, encontró a Siddharta y le ofreció arroz en una escudilla, que él aceptó. Al terminar de comer arrojó la escudilla al río, viendo como flotaba remontando la corriente. Siddharta entendió esto como una señal, y decidió no levantarse del árbol hasta alcanzar su despertar.

Mara apareció de nuevo ofreciendo su trono terrenal, pero Siddharta lo rechazó otra vez. Entonces Mara le envió una lluvia de arena ardiente y cenizas, pero una enorme cobra ascendió a su espalda, extendiendo su gran capucha sobre la cabeza del príncipe, protegiéndole de ellas.

Siddharta meditó toda la noche sentado bajo el árbol y, cuando aparecía el lucero del alba, alcanzó el despertar, la *perfecta comprensión*, convirtiéndose en el Buda histórico. El árbol se llamó desde entonces el Árbol de Bodhi, el Árbol del Despertar.²

Siddharta dudó si transmitir o no su enseñanza. Se dirigió a Benarés, encontrándose en el Parque del Ciervo de nuevo con sus cinco compañeros ascetas. Al ver estos el brillo que

¹ Mara representa la tentación, el deseo, el apego, el conjunto de fuerzas que favorecen el anclaje del individuo en el ciclo de nacimiento y muerte, oponiéndose a su realización espiritual.

² Este *Árbol de Bodhi* es una imagen del *Árbol de la Vida*, uno de los símbolos fundamentales en todas las tradiciones. Símbolos equivalentes son *Árbol Asvatta* del hinduismo, el *Árbol del Conocimiento* del Paraíso judeo-cristiano, el *Árbol de las Manzanas de Oro*, del mundo helénico, el *Fresno Yggdrassil* de la mitología nórdica, o el *Árbol de los Sefirot* de la Cábala judía.

emanaba de su estado de iluminación, le rogaron que compartiera con ellos su descubrimiento. Entonces Buda pronunció un sermón, llamado «El sermón de la puesta en movimiento de la Rueda del Dharma» (la Enseñanza), mostrando las «cuatro nobles verdades»: la *verdad del sufrimiento*, la *verdad de las causas que originan el mismo*, la *verdad de la liberación del sufrimiento* y la *verdad del camino que conduce a la liberación*.

Buda recorrió la cuenca del Ganges a lo largo de 45 años, mostrando sus enseñanzas. Se fue formando una gran comunidad de monjes errantes como él, en la que también tenían cabida las mujeres, llamada el *Sangha*. Murió en un bosque, sumiéndose en profunda meditación, cuando tenía más de 80 años de edad.

Las enseñanzas de Buda

Buda enseñó solo de palabra, sin dejar nada escrito. En el siglo III a.C. se recogió por primera vez su enseñanza, el *Dharma*, en un documento llamado *Canon Palí*.

El *Buda*, el *Dharma* y el *Shanga* son las llamadas “Tres Joyas” del budismo.

El budismo se extendió por la India, originándose las escuelas *hinayana* y *mahayana*. En el siglo VII, el budismo entró en el Tibet, dando lugar a la *escuela vajrayana* del budismo tibetano. En el siglo V entró en China, fusionándose con el taoísmo y dando lugar el *ch'an* y, a principios del siglo XIII, entró en Japón adoptando la forma de *zen*. Desde entonces el budismo se ha extendido por todo el mundo.

Veamos lo que Buda enseñó en el Parque del Ciervo para, desde esa óptica, mirar después a la Naturaleza.

Buda mostró un *camino medio* entre dos extremos: el exceso de placeres sensoriales, como los que él había tenido en sus años de vida palaciega, y la severa austeridad, como la que había llevado en su tiempo con los ascetas. Este *camino medio* entre ambos extremos engendra visión y comprensión, paz y despertar.

De la *primera noble verdad*, la del *sufrimiento*, ya se había percatado en sus años de príncipe al observar de frente a la enfermedad, la vejez y la muerte. El dolor, la pena, la angustia y la inquietud, son también sufrimientos. Como lo son los desencuentros, desilusiones, insatisfacciones o aversiones. Todas estas son formas de sufrimiento físico o mental. Sufrimientos que tienen también su otra polaridad en el deseo de felicidad, en la alegría y la satisfacción, en el gozo por la vida y en el agradecimiento por los regalos que esta nos hace.

La *segunda noble verdad*, la *causa del sufrimiento*, la identificó Buda con el *apego*, el *deseo* y la *ignorancia*. Nos apegamos a cosas que creemos nuestras y que pensamos son fijas, o a personas que amamos, pero que cambian y mueren, y cuando las perdemos nos causan dolor, sin darnos cuenta que todo es *impermanente*, de que todo está en continuo cambio y evolución. Nacemos, crecemos y morimos, las semillas se transforman en plantas, y los gusanos en mariposas. Cambiamos nuestra forma de pensar, de sentir, de percibir los acontecimientos. El cambio es una propiedad intrínseca en la propia naturaleza.³

La evolución dio origen al desarrollo de la conciencia, y quizás esta conciencia siga evolucionando a niveles superiores de supraconciencia. Se forman continuamente estrellas que, a lo largo de su vida también se expanden y mueren. Nuestro Universo está también en continuo cambio y expansión. Esta transitoriedad y fugacidad de todo lo manifestado nos puede causar sufrimiento si nos aferramos a las cosas creyéndolas permanentes. También, vivir proyectando un futuro mejor o recordar nostálgicamente el pasado feliz, sin percibir la unicidad del presente y la irrepitibilidad del “aquí y ahora”.

Siddharta mostró además que nuestra creencia en un *yo separado* del resto de cosas y personas es causa del sufrimiento. Esa *ayoidad*, esa ausencia de un *yo separado*, es consecuencia de la interdependencia que hay entre todas las cosas y seres del universo, en el que cada ser depende de innumerables factores que están interrelacionados, y que son el resultado de un largo proceso evolutivo. Desapegarse de esa aparente individualidad ilusoria que conforma nuestro *ego*, es encontrarse con nuestro auténtico Ser, en el que no existe la dualidad.

Para el budismo, el Universo manifestado tiene un *carácter ilusorio (maya)*, y también es una ilusión que el ser humano considere que tiene un yo separado de los demás, un *ego* que lo ata en la interminable *rueda del samsara* (ciclo de muertes y nacimientos). La existencia ilusoria⁴ es consecuencia de la *ignorancia (avidhya)*. En el *samsara*, en la *rueda de la vida*, todo es transitorio y sujeto a sufrimiento.

Impermanencia y *ayoidad*, son dos de las señas de identidad del budismo.

Siddharta, el Buda, no negó la existencia relativa de las cosas, pero sí su entidad separada e individual. La ilusión no es el Universo en sí, sino nuestra percepción del mismo como un conjunto de entes separados.⁵

³ También para Heráclito de Éfeso todo se hallaba en estado fluyente: «nadie puede bañarse dos veces en el mismo río». Este pensamiento sería recogido después por Platón.

⁴ La física cuántica también nos muestra un mundo, de probabilidades, de infinitas dualidades aparentes, pero con un único sustrato unitario, que podemos identificar con la energía. Es nuestra conciencia, al interferir observando un fenómeno, la que produce el colapso a una de las manifestaciones.

⁵ El famoso «pienso, luego existo» de Descartes no deja de ser más que una vana ilusión, derivada del pensamiento racionalista.

La *tercera noble verdad*, la *liberación del sufrimiento*, la identificó Buda con la disolución del deseo y el desapego de las cosas. Poner fin al sufrimiento es dejar de crearlo, evitar aquello que lo causa, desapegarse de todo, pues todo es impermanente, Poner fin al sufrimiento es salir de la ignorancia de pensar que somos algo separado de la naturaleza.

El budismo, más que una religión, es un código ético. A Buda lo que le interesaba era conocer la situación del ser humano y la causa de su sufrimiento, transformando este en plena conciencia, paz interior y liberación

La *cuarta noble verdad* es que existe un *camino que conduce a la liberación*, que llamó *óctuple sendero*: la *visión correcta*, o adecuada comprensión de las cosas; el *pensamiento correcto*, o recto modo de pensar, potenciando lo noble y renunciando a lo que es perjudicial; el *habla correcta*, utilizando adecuadamente la palabra, siendo conscientes del poder que esta tiene como medio de comunicación; la *acción correcta*, propiciando lo justo, practicando una no violencia, que no es solo ausencia de la misma, sino que implica un sentimiento de amor y compasión, armonizándonos con nuestro entorno; el *medio de vida correcto*, realizando un trabajo lícito que sirva para sustentarnos, que evite el consumismo y que no explote a los demás, ni al medio ambiente del cual formamos parte; la *diligencia correcta*, alejándonos de los estados mentales negativos, buscando siempre la parte positiva de esa dualidad con la que se expresa nuestro mundo manifestado; la *atención correcta*, vigilantes en todo momento y en cada cosa que hagamos, viviendo intensamente el “aquí y el ahora”; la *concentración correcta*, practicando la meditación, buscando un momento diario de encuentro con nosotros mismos, de búsqueda de nuestro auténtico yo.

Este *noble óctuple sendero* mostrado por Buda incluye tres entrenamientos: el *ético*, a través del habla, de la acción y del medio de vida correctos; el *mental*, estimulando la diligencia, la atención y la concentración correctas y el *desarrollo de la sabiduría*, a la que nos conduce la visión y el pensamiento correctos.⁶

Buda terminaba el sermón diciendo que quienes lleguen a la *perfecta comprensión* de las Cuatro Nobles Verdades alcanzarán el despertar y se liberarán de la *rueda del karma*.⁷

⁶ Las enseñanzas de Buda aquí expuestas están basadas en la obra de Thich Nhat Hanh, *El Corazón de las enseñanzas de Buda*, Oniro, 2000.

⁷ El concepto del *karma*, común al hinduismo, considera que las características de la personalidad subsisten de una vida a otra. El *karma* es la energía causal que conduce al ciclo de reencarnaciones. La progresiva negación de un yo individual, hace debilitar la fuerza del *karma*, y nos libera de los lazos del *sámsara*. (J. Blofeld, *Budismo tibetano*, Martínez Roca, 1994). No hay *determinismo* a pesar del *karma*, pues podemos elegir libremente nuestro estilo de vida. El mérito ganado revierte en el resto de los seres y en la armonía del planeta.

La ética budista. La aplicabilidad del budismo a los problemas actuales

Buda no propugnó una reforma de la antigua religión hinduista, ni estableció un nuevo orden, pero sí ignoró la creencia en un creador del mundo. El budismo, más que una religión, es un código ético. A Buda lo que le interesaba era conocer la situación del ser humano y la causa de su sufrimiento, transformando este en plena conciencia, paz interior y liberación. El núcleo de sus enseñanzas fue mostrar la esencia de la libertad intrínseca en el ser humano: libertad del sufrimiento, libertad de la esclavitud, libertad de la ignorancia, libertad esencial consecuencia de no aferrarse a nada.

El Buda rechazó la existencia de un *yo individual y separado*, pero nunca rechazó la existencia relativa del ser humano, insistiendo además en su responsabilidad para influir en el proceso evolutivo. No dijo que nos aislásemos del mundo, sino que nos alentó a implicarnos profundamente en los problemas que ponen en peligro a nuestra sociedad, entre los cuales ocupan un lugar preeminente los problemas de tipo *ecológico y social*.

Por enumerar algunos de estos problemas, podríamos citar: las *emisiones de dióxido de carbono descontroladas*, que están propiciando un cambio climático con un aumento de temperatura que puede llegar a un punto de no retorno; *la extinción de especies animales y vegetales* que puede afectar al equilibrio global del planeta, haciendo más vulnerables los ecosistemas en los que viven; *la alteración del ciclo del nitrógeno* a través del uso excesivo o inadecuado de los fertilizantes, que aumentan los efectos del cambio climático y contaminación de acuíferos y cursos de agua. También está el problema de la *acidificación de océanos* producida por el exceso de dióxido de carbono, que amenaza a corales y moluscos; *la excesiva demanda de agua dulce*, que produce desecación de cuencas fluviales y pérdida de humedad del suelo; y los *cambios en el uso del suelo* producidos por la expansión de los cultivos, convirtiendo bosques y ecosistemas en tierras agrícolas. Podríamos seguir la lista enumerando el *exceso de fósforo* procedente de los fertilizantes agrícolas que acaban en el océano y que puede causar una extinción masiva de la vida marina; *la reducción de la capa de ozono estratosférico*, producida por la concentración de productos químicos que reduce su carácter protector sobre los seres humanos y *la concentración de aerosoles en la atmósfera* que producen cambios en el clima y que afectan a la salud de las personas.⁸

Estos son solo algunos ejemplos de los problemas ambientales que afectan a nuestra naturaleza, derivados del choque entre la finitud de nuestra biosfera y la expansión continua

⁸ Parráfo basado en J. Riechmann, L. González Reyes, Y. Herrero, C. Madorrán, *Qué hacemos frente a la crisis ecológica*, Akal, 2012.

en la que tiene sus raíces nuestro sistema productivo capitalista, de tipo acumulativo y de base fosilista. Un sistema que parece haber entrado en una etapa crítica, amenazado por el “pico del petróleo” y los próximos picos de los otros combustibles, que marcarán los límites de extracción de los mismos en condiciones rentables.

Una situación a la que hemos llegado, mirándola desde la óptica budista, por no ver que también la naturaleza sufre a causa de estos problemas (*primera noble verdad*), pues es un ser vivo, un todo viviente, coherente, autorregulado y autocambiante; una especie de inmenso organismo en el que los seres están conectados entre sí.⁹

Una situación derivada también de no tomar conciencia de la *relatividad e interdependencia* de todas las cosas y fenómenos de nuestro mundo manifestado, en el que el cambio y la *impermanencia* (*segunda noble verdad*), son una ley intrínseca a la naturaleza que habla de su propia fragilidad; por no haber comprendido la idea de la *ayoidad* budista, que no existe un *yo separado* del resto de cosas y seres del universo.

Una situación de sufrimiento a la que es posible poner fin (*tercera noble verdad*), teniendo una visión *ecológica* de la Naturaleza de la que formamos parte, en la que –como dice Pierre Weil– no existe nada que no sea *relación*, en la que no existen cosas sino *puentes* que dan fundamentos a las mismas, en la que no existen objetos sino *subjetividades* que tienen historia.¹⁰

Poner fin al sufrimiento de la Tierra implica tener una actitud basada en el *holismo*, que interpreta el Todo en las partes y las partes en el Todo. *Ecología holística* en la que todo lo que existe coexiste y todo lo que coexiste, persiste y subsiste a través de una tela infinita de relaciones inclusivas. Ecología que no es lujo de ricos, ni cosa de grupos ecologistas o partidos verdes, sino patrimonio de todos y todas, ecología que nos posibilita un nuevo nivel de conciencia para mirar al destino común de la Naturaleza y el ser humano.¹¹

Un alto en el *óctuple sendero*, bajo el Árbol del Mundo, buscando el Despertar

La práctica de los tres entrenamientos, *ético*, *mental* y de *desarrollo de la sabiduría* mostrados en el *óctuple sendero* (*cuarta noble verdad*), nos podrá ayudar a caminar por el sendero de la budeidad, a dar un sentido a nuestras vidas, a buscar un equilibrio entre la conser-

⁹ James Lovelock, *Las edades de Gaia*, Tusquets, 1993.

¹⁰ Citado en J.Y. Leloup y L. Boff, *Terapeutas del desierto*, Sal Terrae 1999.

¹¹ Párrafo basado en L. Boff, *La dignidad de la tierra*, Trotta, 2000.

vacación del medio natural, la implantación de la justicia social y el desarrollo interior espiritual, tomando de esta manera parte activa en el destino de la humanidad.

Y, mientras caminamos por el *óctuple sendero*, deberíamos hacer un alto en el camino para sentarnos a meditar debajo de un imaginario *Árbol del Mundo*, situado en el *centro* del cosmos, como lo hiciera Siddharta debajo del Árbol de Bodhi. Un árbol que contiene todas las fuerzas del Universo, cuyas raíces se alimentan con la savia de la Tierra, cuyo tronco lo conformamos todos los seres animados e inanimados que vivimos en nuestro mundo y cuyas inmensas ramas se abren para sostener el cielo y para servir de sustento a frutos formados por las estrellas.

Poner en práctica una ética en la que el ser humano no sea el dueño y señor de la naturaleza, sino un ser ecocéntrico que desarrolle la compasión universal; una ética que renuncie a estar sobre los otros, sino con los otros

Tomar conciencia de que ese árbol está enfermo porque un “águila” depredadora y consumista está devorando su follaje, y porque una “serpiente” venenosa de residuos industriales está contaminando sus raíces, anunciando así su decadencia y ruina final.¹²

Meditar bajo su sombra sobre la situación actual del mismo y cómo aplicar nuestro potencial creativo en revitalizarlo, sobre cómo ayudar a que surja una nueva tierra, verde, bella, fértil, purificada de todo dolor, cómo vivir para que el Sol brille de nuevo, ayudándole en su recorrido renovado en el cielo. Expandir nuestra conciencia y trabajar para crear otro mundo posible y una nueva humanidad.

Hacer de la crisis un crisol, en el que ese Árbol del Mundo se convierta en *sostenible*, sustentado en unas raíces de profundo carácter ético, social, ecológico y económico.

Meditar bajo él hasta encontrar cómo *acoplar los recursos utilizados a los disponibles* limitando el sobreconsumo, lo superfluo, lo efímero y lo ostentoso, promoviendo una cultura de la suficiencia, basada en el decrecimiento; cómo *cerrar los ciclos de materiales* desarrollando una producción ecológica, apostando por el reciclaje y reducción de residuos, o cómo *evitar la introducción de productos tóxicos y contaminantes* para que los ciclos de la materia se puedan cerrar. Meditar, a su sombra, acerca de cómo *apostar por lo local*, minimizando el transporte horizontal, imitando a la naturaleza, en la que la mayor parte del desplazamiento es vertical, propiciando un funcionamiento en red; sobre la manera de *fomen-*

¹² Imágenes tomadas de la leyenda del *Fresno Yggdrasil*, de la mitología nórdica.

tar el uso de energías alternativas renovables, utilizando únicamente la energía necesaria. Pensar cómo se puede *potenciar la diversidad y la interconexión biológica* facilitando el desarrollo de ecosistemas y procesos de autoorganización, evitando la homogeneización; *aprender del pasado y del contexto que nos rodea* fomentando el uso de los cuidados. Pensar en la manera de *acoplar nuestra velocidad de vida a la de los ciclos naturales* ralentizando nuestro estilo de vida, convirtiendo de nuevo el tiempo en circular, acoplado a los ciclos naturales; *actuando desde lo colectivo*, fomentando la cooperación y no la competencia. Meditando cómo *aplicar el principio de precaución* en nuestros procesos productivos, puesto que vivimos en un entorno de incertidumbre, y cómo *fomentar la creatividad* actuando desde lo colectivo. Meditar, en resumen, sobre cómo promover una *economía ecológica* que se ajuste a los límites del planeta, una economía que promueva la reducción en el consumo de materia y energía por parte de los que consumen demasiado y que potencie un *sistema de trabajo* que se encamine a la satisfacción de necesidades y no al incremento constante de beneficios.¹³

Poner en práctica una *ética* en la que el ser humano no sea el dueño y señor de la naturaleza, sino un ser *ecocéntrico* que desarrolle la compasión universal, una ética que renuncie a estar sobre los otros, sino con los otros. Desarrollar una *ecología mental* que posibilite esa relación del ser humano y la naturaleza. Una ética y una ecología mental que sean expresión de una *espiritualidad interior*, en la que las cosas se ligan y religan. Alimentar una *mística cósmica* que posibilite percibir el otro lado de la realidad e intuir la Última Realidad.¹⁴

La corriente globalizadora en que se haya inmersa la humanidad, ha sacado al Tíbet, el último lugar que mantenía viva la enseñanza de Buda, de su aislamiento natural. Las conquistas espirituales del budismo parecen abocadas a desaparecer, devoradas por el materialismo de nuestra sociedad, pero también es posible que sus semillas germinen transformando al ser humano. Somos nosotros y nosotras, los protagonistas de esta parte del drama de la historia.

Y, después de haber meditado debajo del Árbol del Mundo, quizás podamos *despertar*, como Siddharta, y alcanzar una visión de nuestro planeta en la que ya no esté “lleno” como ahora, sino “vacío”. Pero vacío según el pensamiento budista, que no es ausencia de contenido, ni tampoco nihilismo, sino *vacío de un ser separado*, o sea, lleno de todo lo demás, como está vacío este papel en el que escribo, porque en él están contenidos el árbol de donde salió, el Sol que le dio la vida a este árbol, la tierra que lo alimentó y hasta mi propio ser, a través de lo expresado en él.¹⁵ Un vacío que los budistas comparan con la superficie

¹³ Párrafo basado en J. Riechmann, L. González Reyes, Y. Herrero, C. Madorrán, *Qué hacemos frente a la crisis ecológica*, Akal, 2012.

¹⁴ Párrafo basado en L. Boff, *La dignidad de la tierra*, Trotta, 2000.

¹⁵ Thich Nhat Hanh, *Los tres sutras fundamentales*, Oniro, 2002.

de un espejo que, aunque ofrece un número interminable de imágenes, es en sí misma uniforme e incolora.

Un *vacío* que, a decir de los budistas, nos posibilitará percibir la *unidad* que subyace en el Universo y la vida, superar las dualidades, descubrir la totalidad e intuir la última realidad. Un *vacío* que ellos llaman iluminación, liberación, y *nirvana*.¹⁶

La Rueda del Dharma se puso en movimiento hace 2.600 años en el parque del Ciervo. Depende de nosotros y nosotras, la generación actual, hacer que continúe girando, ayudando a que florezca la *sabiduría* y reine la *compasión* y, de esta manera, ayudar a que la evolución siga un proceso ascendente.

¹⁶ El nirvana es el estado que sobreviene una vez superados el apego y la ilusoria individualidad del ser. A veces se le define como luz resplandeciente, felicidad extática, infinitud, eternidad, vacío, superación de la dualidad, compasión ilimitada, Unidad y Totalidad. Es la última realidad que los místicos cristianos y sufis asimilaron a Dios.